

Mujeres que mueven el mundo

Entrevistas
a las voces de la
actualidad:
Morena Herrera



unc | género

Autoridades de la Universidad Nacional de Córdoba

Rector

Mgtr. Jhon Boretto

Vicerrectora

Mgtr. Mariela Marchisio

Secretario General

Ing. Daniel Lago

Unidad Central de Políticas de Género

Ab. Romina Scocozza

Revista N° 5:

Mujeres que Mueven el Mundo - Morena Herrera

Diseño:

Unidad Central de Comunicación Institucional UNC

Mayo de 2025





“Las ciudades pueden ser lugares acogedores para toda la gente y seguros para las mujeres”

Morena Herrera¹

Entrevista extraída del programa 5 de **Mujeres que Mueven el Mundo**, emitido en 2017²

<https://www.youtube.com/watch?v=SE56gjBzqMg>

1 Morena es feminista y activista salvadoreña contra la prohibición del aborto. Socia fundadora de la organización feminista “Las Dignas”. Presidenta de la Agrupación Ciudadana por la despenalización del Aborto e integrante de la Colectiva Feminista para el Desarrollo Local.

2 Entrevistaron a Morena Herrera: Cecilia Culasso y Pate Palero.

C. C.: Bueno, Morena, bienvenida. ¿Cómo andás?

M. H.: Muy bien, contenta de estar aquí.

C. C.: Bueno, en esta parte de la entrevista vamos a conversar un poco sobre vos. Para conocerte un poco más. Así que queremos preguntarte, ¿dónde naciste?

M. H.: Nací en la Ciudad de San Salvador, en un barrio del sur de la capital, en un barrio histórico que se llama San Jacinto. Ahí viví con mi mamá y con mi hermana, durante los primeros años de mi vida. Mi papá y mi mamá se habían separado cuando yo era pequeña. Aunque mi papá estuvo en mi vida. Pero ahí crecí, en el barrio San Jacinto.

C. C.: ¿Cómo fue tu educación?

M. H.: El primer grado, y la parvularia, los estudié en una escuela pública. Pero en ese tiempo hubieron unas huelgas magisteriales, y me pusieron después en una escuela católica hasta el sexto grado. Después, porque había conflictos con mi papá, tomé yo la decisión de irme a una escuela pública. Y estude hasta el bachillerato en dos escuelas públicas. Logré una beca, que no pagaba ni los impuestos, pero pude mantenerla. Y llegué a la Universidad, a finales de los '70, en un tiempo muy convulso en el país. Entonces tuve que dejar los estudios porque la situación no permitía otra cosa. Me fui a la guerra, al campo, y cuando terminó la guerra regresé y me matriculé otra vez en esa misma universidad, saqué una licenciatura en filosofía y después me puse a estudiar. Sigo estudiando hasta ahora. Saqué una Maestría en Estudios de Género, con

una universidad española que la hicimos por encuentro. Con mucho aporte de organizaciones feministas, pero fue la Universidad de Girona la que nos dio la titulación.

Y después conseguí otra beca, y estudié en la Universidad José Simeón Cañas, la Universidad Católica de los jesuitas en El Salvador, y saqué una Maestría en Desarrollo Local.

Hoy estoy estudiando un doctorado en filosofía iberoamericana. Se supone que estoy haciendo la tesis pero todavía no le dedico el tiempo suficiente.

C. C.: Has estudiado toda tu vida, y seguís estudiando...

M. H.: Sigo estudiando. Yo creo que siempre -si se puede- hay que seguir estudiando, porque cada vez uno se da cuenta de que es mucho lo que no sabe.

C. C.: ¿Cómo fue que empezaste a formar parte (y en tu caso a gestar) en organizaciones feministas?

M. H.: Fue en el período en el que empezaba a terminar la guerra. Yo tenía ya una experiencia previa, durante la guerra: había promovido la formación de una asociación de mujeres. Pero que en aquel momento, y en aquellas circunstancias, fue una asociación que sobre todo trabajaba para que las mujeres aportaran a la situación del conflicto. Pero creo que, de las reivindicaciones que tienen que ver con las mujeres, en aquel momento promovimos el reconocimiento. Queríamos que se reconociera nuestra aportación. Fundamentalmente, las acciones pretendían visibilizar cómo ellas podían cuidar más heridos, o aportar al avituallamiento de la



guerrilla.

En el año '90 me junté con otras organizaciones, a petición de un compañero que no hallaba qué hacer con un montón de mujeres. Me dijo: “vos tenés esa experiencia, ayudame a ver cómo se organizan”. Fue una cosa muy mágica. Ellas creían que nosotras llevábamos la línea del partido, y nosotras no llevábamos nada. Empezamos a preguntarnos, era una inquietud. Habíamos estado dispuestas a dar la vida, éramos mujeres que estábamos muy comprometidas con el proceso de transformación social en nuestro país, pero no sentíamos que aquello por lo que habíamos luchado, contuviera nuestras demandas.

Incluso después, cuando se firmaron los acuerdos de paz, fue muy frustrante leernos y no encontrarnos en esos acuerdos de paz. Decíamos: “pero si esos acuerdos nos cuestan a nosotras, les cuestan a miles de mujeres”. Y no estábamos ni en el texto, ni en el discurso, ni en nada.

Ahí se afianzó la convicción de que nosotras teníamos que luchar por nosotras mismas.

Fue en esa convicción de que no queríamos seguir luchando por cosas que nos dejaran a un lado. Fue una reivindicación, en medio de un proceso revolucionario.

C. C.: Y a partir de una necesidad también...

M. H.: Sí, porque las realidades eran muy duras, muy injustas con las mujeres. Las habíamos vivido, las estábamos viviendo, y no podíamos dejar de hacer algo.

C. C.: En relación a la iglesia... ¿Qué papel tuvo la iglesia en tu formación?

M. H.: Bueno, yo desde pequeña participé mucho en grupos eclesiales. Como jovencita y adolescente también. Y formé parte de las Comunidades Eclesiales de Base¹. Conocí

¹ Las Comunidades Eclesiales de Base nacieron impulsadas en el marco de las reformas religiosas impulsadas desde el Concilio Vaticano II (1962-1965) y la Conferencia del Episcopado Latinoamericano realizada en 1968 en Medellín. Se las considera como uno de los antecedentes de la Teología de la Liberación.



a Monseñor Romero². Es una de las cosas importantes en mi vida. Fue poco tiempo, porque él antes había estado al servicio de los grupos poderosos... Pero tuvo un cambio personal importante, a partir de la realidad que estábamos viviendo en el país. Yo de él aprendí que no había que quedarse con una sola interpretación de los hechos. Que había otras interpretaciones que se podían dar. Y creo que de la iglesia yo saqué un sentido de humanidad, un sentido de vínculo como especie humana. Yo me siento parte de la especie humana. Tengo, a veces, muchos conflictos con las actuaciones que hacen los hombres. Mucho enojo, a veces. Pero intento no dejar de verlos como humanos. Son de mi misma especie y tengo que intentar cambiarles.

Eso, quizás, es lo que he sacado de mi

participación en la iglesia. Me he enojado mucho también con las definiciones y actuaciones que hace, sobre todo, la jerarquía católica. Aunque sigo teniendo amigos y amigas que son religiosos. Uno de mis amigos del alma es un cura. Y no porque sea cura, él se hizo cura hace poco. Pero, tengo amistades... y nos respetamos, nos reímos...

En la casa tenemos rótulos de: “Estados laicos, personas libres”. Entonces él se ríe, y dice: “ustedes me quieren quitar el trabajo”. “¡Que no!”, le digo yo. “Que eso no va contra la iglesia, que es simplemente situar a la iglesia en otro lugar”. Pero bueno, a él lo recibimos como amigo en casa.

C. C.: Y, como activista feminista, ¿quiénes han sido tus referentes a lo largo de toda tu trayectoria?

M. H.: Yo quiero decir que muchísimas mujeres han contribuido, a las que les agradezco mucho.

En la época del primer tiempo en Las

² Óscar Arnulfo Romero y Galdámez fue un sacerdote católico y cuarto arzobispo metropolitano de San Salvador. Conocido por su defensa de los sectores más humildes y por los derechos humanos. Fue asesinado en 1980, a los 62 años, mientras daba misa en la capilla del hospital Divina Providencia. Es venerado por diferentes grupos religiosos y fue canonizado en el año 2018 por el Papa Francisco..

Dignas, por ejemplo, hubo mujeres como Clara, como Norma, como La Petra (otra amiga mía); que jugaron un papel importante en ayudarme a otras maneras de ver la realidad.

En otros períodos han sido otras mujeres. Por ejemplo, una de mis pasiones tiene que ver con pensar que las ciudades pueden ser lugares acogedores para toda la gente y seguros para las mujeres.

Que la ciudad es actora, y se piensa distinto. Y en esto yo reconozco, por ejemplo, la influencia de Ana Falú, que ha sido importante para mí. Yo leo sus escritos, leo a varias compañeras de la Red. Pero Ana ha sido pionera en agudeza, en decir: “sí, la ciudad es un espacio de transformación social también”.

Ha habido otras mujeres, por ejemplo en la lucha por la despenalización del aborto; hay compañeras jóvenes de las que aprendo también.

Y en mi propia familia hay feministas también, y yo aprendo de ellas. Me dan otra perspectiva. Tengo dos hijas que son activistas feministas, y yo veo que ellas viven con una libertad envidiable. Me dan envidia. Yo sé que he contribuido a la libertad con la que ellas viven su vida y sus cosas. Pero también me hacen reconocer mis contradicciones, entonces también se aprende, las tengo como referentes que influyen.

Quiero decirte que en la visión latinoamericana de democracia, Gina Vargas también ha sido un aporte importante. Maruja Barrig, es otra mujer a la que yo la tengo como referente de vida feminista.

Pero a muchas otras mujeres también.

C. C.: Son todas referentes muy importantes de América Latina, y además

lo son desde la vida y desde el activismo cotidiano. Y, en relación a eso, ¿cómo conjugás tu vida familiar con tu vida como activista, como feminista que es muy intensa?

M. H.: Yo creo que intentando no tener muchas fronteras. En la familia se debate. Actualmente, vivo permanentemente sólo con mi compañero, con quien también tenemos mucho debate. Él es activista también, en un movimiento por la cultura laica y en la Agrupación Ciudadana por la Despenalización del Aborto. Tenemos muchas discusiones, lo único que hacemos es que cuando llegamos a la cama decimos “aquí no por favor, que si no, no puedo dormir” [risas].

Con las hijas, en la medida en que se puede, también discutimos mucho. Cada uno ahora tiene su agenda, es difícil situar momentos para juntarnos. Pero, más o menos, nos juntamos con los cumpleaños. Cumple-mes, porque ahora ya no le podemos festejar a cada una su cumpleaños, entonces hacemos los cumpleaños de marzo, los cumpleaños de abril... y esos son momentos de junta. Yo trato de estar, de convivir, de dedicar, cocino. Me gusta cocinar, no todos los días pero cocino. Incluso nos dividimos, por ejemplo: “¿quién se hace cargo del desayuno?”, y esa persona, esa hija o su pareja, tiene que hacer el desayuno para todo el mundo y hacer que esté bien. Luego, otras hacemos el almuerzo y otras hacemos la cena. De esa manera, alrededor de la comida compartimos mucho. Pero yo intento, en la medida de lo posible, que las fronteras no sean rígidas.

C. C.: Bueno, en tu trayectoria como activista feminista seguramente has tenido



un montón de aprendizajes, ¿has tenido también satisfacciones?

M. H.: Un montón. Yo creo que soy feminista y lucho, porque me hace feliz. Eso quiero decirlo, no es que no haya sufrimientos pero vivo muy feliz en general. Cuando sacamos a la primera mujer de la cárcel, estaba condenada a 30 años, había sido acusada de aborto y condenada por homicidio agravado. Todo el mundo nos decía “no se puede hacer nada, ya es cosa juzgada”. Nos ponían palos, tardamos cuatro años en lograr la libertad de ella. Yo recuerdo una satisfacción enorme. Pasé como tres días con una sonrisa, y decía: “sí se ha podido”. Ahora hemos sacado a 16 mujeres, más o menos, en esa situación. Pero yo recuerdo aquella como una gran satisfacción, porque me reafirmó una cosa que yo creo que es importante y es que ante las injusticias podemos hacer algo. Por dura que sea una injusticia, por dura que sea una realidad, por duras que sean las condiciones o que

pensemos que no se puede hacer nada, que es inamovible; siempre se puede hacer algo. Y si somos lo suficientemente persistentes, creativas, si buscamos apoyos, esas realidades de injusticia se pueden cambiar. Esto fue en julio de 2009, la libertad de Karina, y para mí fue una gran satisfacción.

C. C.: Claro, porque en El Salvador el aborto está penalizado en todas sus formas...

M. H.: En todas sus formas. Y, además, la ley se aplica mal. Y es muy injusta esa aplicación contra mujeres que viven en situación de pobreza, jóvenes; y son a las que se condena. Entonces no hemos revertido totalmente esa situación. Creemos que esto va abriendo camino para cambios más amplios y estructurales.

C. C.: Para terminar, nos gustaría que te definas. ¿Cómo te definís a vos misma, Morena?

M. H.: Me defino como una activista feminista y defensora de derechos humanos. Y más cortito: como una luchadora social.

C. C.: Muchísimas gracias. Continuamos el programa...

...

P. P.: Has estado participando del seminario “Mujer y ciudades: injusticias territoriales”, donde has sido panelista y asistente. Esa presencia allí debe tener alguna marca de lo que fue “Las Dignas”. ¿Qué es y cómo surge “Las Dignas”?

M. H.: El Seminario está siendo muy interesante. Y, efectivamente, yo formo parte del grupo con el que fundamos “Las Dignas”. Fue un grupo de mujeres, que proveníamos todas de participación política de la izquierda en mi país.

Estaban, en ese momento, empezando a negociarse lo que luego fueron los acuerdos de paz, y en “Las Dignas”, nos juntamos un grupo de militantes de un partido de izquierda, que formaba parte del FMLN³. Había como dos voluntades ahí: una voluntad de este partido, que quería formar un gran gremio de mujeres para tener una vocería femenina; y una voluntad de las que nos juntamos y que nos empezamos a preguntar qué ha significado para nosotras ser mujeres. Esa simple pregunta fue como destapar una olla de presión enorme. Porque teníamos muchas vivencias contradictorias todas, en las que empezamos a ver que había cosas que habíamos hecho, que por una parte no nos contenían como mujeres, que nos desplazaban. De estas primeras

reflexiones, sacamos la convicción de que no queríamos seguir luchando en procesos que nos postergaran como mujeres, y sí en nuestros derechos, en nuestra dignidad de ser mujeres.

Entonces, “Las Dignas” es un grupo feminista. Nos fuimos encontrando con el feminismo. Fue una de las primeras organizaciones que planteó la necesidad de la autonomía de las organizaciones de mujeres. Y, en ese momento y en ese contexto, esta autonomía tenía un peso muy importante en relación a los partidos de izquierda. La importancia de que las mujeres pudiéramos decidir, de manera colectiva, lo que queríamos hacer, cómo lo queríamos hacer, con quién nos queríamos organizar, cómo queríamos luchar.

Esa fue una contribución importante de “Las Dignas”. Y luego también plantear y poner en el centro del debate personal y colectivo, la necesidad de la autodeterminación de las mujeres desde ámbitos íntimos, en la sexualidad, en la relación con la familia, en relación con las organizaciones y con el Estado también. “Las Dignas” han evolucionado. Yo diría que en este momento están en su cuarta o quinta generación. Para mí, esos primeros diez o doce años desde que fundamos la organización, fue el proyecto político más importante de mi vida.

Ahora sigo siendo parte de la Asociación. Y además, con toda esa experiencia, me he ido a construir, a trabajar con otras organizaciones; desde el ámbito local (en donde vivo), en otros espacios nacionales, y a nivel mesoamericano también.

P. P.: De ese ejercicio de preguntarse, allá por los ‘90, te traigo al contexto actual. ¿Cómo ves la situación de las mujeres en la Latinoamérica actual?

³ Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional.

M. H.: Yo creo que es una situación de contraste y tensión. Pienso que, en una parte, las mujeres hemos avanzado en nuestro horizonte vital, en lo que queremos, en lo que aspiramos a ser. Pero, por otro lado, nos enfrentamos con profundas desigualdades que tienen que ver con el hecho de ser mujeres, pero también con otros hechos: las desigualdades socioeconómicas que excluyen a amplios sectores de la población, y ahí estamos las mujeres y nos llevamos la peor parte. Hay desigualdades que se expresan en forma de violencia y control, desigualdades que tienen que ver con falta de acceso a servicios, con falta de acceso a la posibilidad de derechos que están enunciados, que están reconocidos en las leyes, pero que no los podemos ejercer.

Entonces siento que avanzamos por una parte, y es importante que reconozcamos toda una trayectoria, una tradición de mujeres. Tenemos mujeres que luchan por esas aspiraciones. Ahora nos atrevemos a soñar que podemos, y eso es importante. Pero, por otro lado, también persisten una cantidad de barreras que nos impiden ser lo que aspiramos y lo que queremos.

P. P.: En este escenario que me comentabas, ¿cuál te parece que es el rol y la importancia de movimientos que luchan contra la violencia, como es el caso del Ni Una Menos?

M. H.: Por una parte, Ni Una Menos está demostrando que no es un hecho aislado. Que la violencia contra las mujeres es una constante en todas nuestras sociedades, y nos está permitiendo poner eso en común, cuestionarlo, ver la dimensión que tiene. Aunque los feminicidios, las violaciones sexuales, la violencia contra las mujeres,

sean sistemáticas y constantes, en nuestras sociedades tiende a verse como un problema menor, de menor importancia, de menor dimensión.

Entonces, me parece que estos movimientos logran enlazar, y también logran darnos ánimos. Cuando estamos en una acción en el pueblo donde vivo o en una ciudad más grande, y nos sentimos solas, nos permite darnos cuenta de que hay otras en otro lugar actuando, con un discurso parecido, adaptado a su realidad. Nos hace sentir parte de un movimiento global, yo creo que ese es un papel muy importante que juega.

P. P.: Hablabas recién de la autonomía, me gustaría que profundizáramos en ese concepto, y que también pensáramos cómo las organizaciones aportan a esta construcción conceptual de la autonomía

M. H.: Yo en esto retomo ideas de otras feministas. Creo que la autonomía se debe entender como una capacidad de decidir la vida, lo que uno quiere y lucha por hacer; pero, al mismo tiempo, no de forma aislada, sino en relación con otros y con otras. En ese sentido, la autonomía es una condición que no es fija, sino que va cambiando de acuerdo al momento en el que va transcurriendo la vida. Para todas las personas, no sólo para las mujeres.

La autonomía tiene que ver con etapas de la vida, y no es lo mismo lo que me impedía decidir qué quería hacer cuando tenía 21 años que lo que me puede impedir hacerlo ahora, con lo cual tengo que bregar y luchar en este momento.

Creo que a las mujeres se nos educa con un déficit de autonomía, con una incapacidad y una inseguridad para poder decidir. Se cree que siempre necesitamos una figura,



generalmente un hombre, para que nos diga qué es lo que tenemos que hacer, qué es lo que queremos hacer.

Yo creo que las organizaciones feministas jugamos un papel importante, no en sustituir a esa figura, sino en aportarle herramientas, elementos, a cada mujer concreta para que pueda aprender a definir qué es lo que quiere y que pueda ir construyendo los pasos, los andamios, los puentes, lo que cada quien necesita para llegar a esa condición de ir pudiendo decidir. Pero sin olvidarnos que vivimos en un mundo donde hay otras personas que dependen también de nosotras, y ahí tenemos que apoyar a que dependan menos en la medida de lo posible. Y, quienes tienen otro nivel de dependencia, poder contribuir para que sean atendidas sus necesidades. Pero también entender que, a nivel organizacional, hay otras organizaciones con las que podemos establecer acuerdos a partir de consensos básicos; podemos construir alianzas, y podemos ser más fuertes en las luchas que nos proponemos.

P. P.: También nos gustaría conocer la experiencia de Suchitoto. Estas construcciones que han ido logrando a nivel de “laboratorio”, como decís a veces.

M. H.: Suchitoto es una ciudad pequeña, como de 27.000 habitantes. El municipio es mayoritariamente rural, la ciudad es como la cuarta parte. Es una ciudad que tiene una estructura arquitectónica colonial que fue protegida por distintos factores: uno de ellos es que quedó aislada durante la guerra civil en mi país. Se declaró ciudad mártir por las circunstancias que vivimos en ese tiempo. Fue una ciudad que quedó muy aislada, y la gente que sobrevivió ahí, sufrió mucho. Entonces, en la etapa de reconstrucción de la posguerra, las mujeres en ese municipio han jugado un papel muy importante. Allí, hay una organización de la que soy socia, que se llama “Concertación de Mujeres de Suchitoto” y es muy amplia. Allí también, como Colectiva Feminista para el Desarrollo Local, tenemos un acuerdo estratégico con la Concertación. Y ahora



trabajamos muy de cerca con el gobierno municipal.

Entonces, nos hemos planteado muchas apuestas, queremos cambiar la vida de la población de ese municipio, sobre todo la vida de las mujeres.

Una de las cosas que nos planteamos hace tiempo, es lograr que la violencia contra las mujeres no pase desapercibida, que sea un problema que preocupe a la gente, y sobre todo que sea una realidad que vayamos superando. Un día en un taller, se nos ocurrió una idea. El alcalde de ese tiempo había hecho un lema que decía: “Suchitoto, más que una ciudad”, porque el municipio tiene alguna vocación turística. Nosotras decíamos “¿más que una ciudad?, ese no es un lema que nos convoque, que nos movilice”. “¿Y cuál puede ser un lema que nos convoque, que nos movilice?”, les dije yo. Pues, “un lugar que sea libre de violencia contra las mujeres”. “Y, ¿cómo hacemos eso?”. Entonces, empezamos a pensar, y dijimos: “¿por qué no ponemos un sello en las casas?, ¿por qué no pensamos en una

imagen y en una frase y las vamos poniendo en las casas?”. Una compañera que se llama Mariana y es muy creativa, la diseñó. La hizo de una manera simple y barata, porque no teníamos recursos. Con un simple caladito para ir poniendo el mensaje. “Y, ¿cómo lo hacemos?”. “Pues bueno, vamos a cada casa, explicamos qué es la violencia contra las mujeres, y pedimos autorización para que se pueda poner en cada vivienda”⁴. Ocurrió que en ese momento, el alcalde, que era otro alcalde, nos dice: “No pueden poner ese sello, porque este es un municipio patrimonio cultural. Podría venir la cerveza ‘Coronita’ a querer poner su rótulo, y si ustedes han puesto éste, no vamos a tener manera de decirle que no a ‘Coronita’”. Les dijimos: “Mire alcalde, estamos jodidas si usted no distingue entre un mensaje de prevención de la violencia y otro de la cerveza ‘Coronita’”. Entonces, dijimos “lo vamos a poner, la gente nos va a dar la razón”.

4 <https://lasmiradasdelalentevioleta.wordpress.com/2013/09/21/libres-de-violencia/>

Y después, la verdad, es que empezó a ser un fenómeno en el que la gente nos decía “vayan a mi casa, quiero que lo pongan”. No es un sello de garantía, como decimos nosotras, sino de motivación y de sensación de seguridad. Cuando vas por esas calles y vas viendo que en muchas casas está ese rótulo, eso te da la sensación de seguridad. Quiero decir que, de la mano de la Red Mujer y Hábitat⁵, yo había leído que en Montreal, los negocios ponían unos rótulos que ofrecían seguridad a las mujeres en la noche o algo así... entonces de ahí fue que se nos ocurrió.

Pero la verdad es que ahora es una señal de identidad del municipio. Las artesanas, por ejemplo, que hacen mucho teñido de añil (de índigo le dicen en el Salvador) lo han adoptado, y te hacen chales, pañuelos, suéteres o camisetas, y cuando vas a comprar te dicen “tengo también de la no violencia” [risas].

Entonces, en Suchitoto tenemos varios programas de lucha por los derechos de las mujeres. Pero intentamos que sean muy aterrizados. Por ejemplo, ahora estamos impulsando junto a la alcaldía y otras organizaciones, la consulta popular por el derecho humano al agua. Si la logramos, que va a ser este próximo 28 de mayo, Suchitoto va a ser el primer municipio salvadoreño que declare oficialmente que sí está de acuerdo con el derecho humano al agua. ¿En qué se traduce eso? Se traduce en regulaciones que le tenemos que exigir que la alcaldía haga. La alcaldesa en este momento está de acuerdo, pero tienen que hacer una regulación para que ante un conflicto ambiental -por ejemplo, entre un actor privado o una empresa privada y una comunidad- prevalezca el derecho de la comunidad. Eso es lo que defendemos.

5 <https://www.redmujer.org.ar/>

Y también se traduce en una obligación de proteger los bienes hídricos del municipio. Tanto por parte de la población, como por parte de la municipalidad.

P. P.: Compartíamos recién un corto de Jagori⁶, de Nueva Delhi, que habla de pequeños gestos, de gestos comunitarios, tendientes a erradicar la violencia de las ciudades, de los espacios. Queríamos preguntarte ¿cómo se pueden construir esos mecanismos para erradicar los micro-machismos?

M. H.: Yo creo que es importante trabajar la sanción social, la no-tolerancia a la violencia contra las mujeres y las niñas; y los niños también.

En mi país la violencia sexual, especialmente contra las niñas, es muy grave. Y alcanza niveles altísimos. Por ejemplo, el año pasado, hubieron más de 1400 niñas de 9 a 14 años embarazadas producto de violencia sexual. Es importante que como comunidad, como familias, nos comprometamos a superar eso.

Nosotras hemos tenido casos, en Suchitoto y en otros municipios del país, donde nos enfrentamos con estas situaciones. Tratamos de convencer a las madres de que denuncien, que acompañen a sus niñas, y en muchos casos lo vamos logrando.

El sistema judicial todavía es inmune a estas denuncias en la mayoría de los casos. Muchos quedan en la impunidad. Pero nosotras planteamos que si hay impunidad jurídica, que no haya impunidad social. Que quede señalado, que se diga “este es un abusador sexual, esta es una persona que tiene que corregir su conducta”.

Entonces se trata de ir generando

6 Jagori - Delhi segura para mujeres. Juntos podemos hacer la diferencia: <https://www.youtube.com/watch?v=DRIRqy4Covs>

conciencia en la gente de que podemos hacer algo, de que no seamos indiferentes. También tuvimos el caso de una mujer que fue agredida por su ex pareja, era una mujer que estaba casada con otro hombre. La comunidad en un primer momento se volvió indiferente. Entonces dijimos “no puede ser, le ha metido 11 cuchilladas, la ha mandado casi al cementerio, y aquí no hacemos nada”. Entonces empezamos a actuar. Al principio éramos poquitas porque había una sanción moral contra la mujer, por ese tema de las parejas. Empezamos a hacer conciencia. Y pusimos a aquellas muñecas de la ciudad (un ejercicio que hizo la Red Mujer y Hábitat), y nos fuimos unas cuantas frente a la plaza y a la iglesia. Pusimos a las muñecas y decíamos “somos más con ellas”. Pero luego se fue sumando gente, y esta mujer se sintió apoyada por la comunidad. Y, al final, el agresor fue apresado y juzgado, y ahora está preso. No nos encanta que las cárceles estén llenas de hombres. No es la mejor solución, pero creo que sí tiene que haber un mensaje de que la violencia contra las mujeres y contra las niñas, no debe ser tolerada, y que podemos parar eso.

En eso, por ejemplo, nosotras hemos trabajado con los empresarios de buses. Les decimos: “Mire, usted lucra de este pueblo, ayude con sus unidades”. Entonces, algunos de ellos, no todos, han aceptado que coloquemos mensajes de la Campaña en los buses, y van calando también en que tengamos una ciudad libre de violencia contra las mujeres. Por lo menos va generando una educación y una constante: que no está bien esa conducta.

P. P.: Nos estábamos refiriendo a estas acciones comunitarias, puntuales. Y muchas veces contamos con las sanciones

morales porque las jurídicas no llegan, no alcanzan. ¿Cómo incidir en las políticas públicas desde las organizaciones de mujeres para que haya una perspectiva de género?

M. H.: Yo creo que se trata, por ejemplo, de aprender a conocer la competencia que tiene la institución con la que queremos incidir. En esto nosotras hemos ido aprendiendo. Yo misma me metí de concejal en la ciudad donde vivía en ese tiempo, en el año 2000. Acepté la candidatura, hice un ejercicio municipal. Yo digo que esa experiencia me sirvió para conocer un poco cuáles eran los techos y los pisos posibles de actuación. Y para aprender a conocer las competencias de esas instituciones, y ver cómo la ley confiere esas competencias, esas responsabilidades, esos mandatos a las instituciones. ¿Cómo podemos incluir en esa competencia algún tipo de responsabilidad orientada a fomentar relaciones de igualdad entre hombres y mujeres? Se puede. Pero, a veces, hay que ser un poco creativas. Incluso, por ejemplo, en el catastro. El catastro es un registro que tienen las alcaldías para identificar quiénes contribuyen en una ciudad. Nosotras levantamos catastros desagregados por género, y decimos “bueno, tantos contribuyen”. La municipalidad tiene que retribuir a partir de esa contribución que hacemos mujeres y hombres. Tratamos de incidir también en el mandato de agentes municipales, en el mandato que hacen las unidades municipales, ambientales, las unidades que tienen que ver con la participación ciudadana. Y les explicamos que no se trata de que sólo estén presentes las mujeres, sino que las mujeres puedan participar más activamente y que ellos tienen que hacer esfuerzos, y



cómo los pueden hacer.

Yo creo que es: competencia, propuesta, y también darles herramientas para que eso que se pone en el papel, no se engavete, sino que pueda ser evaluado para ver niveles de avance.

Yo creo que este esfuerzo de incidir en las políticas públicas trata de ir abriendo posibilidades en las instituciones de carácter nacional, pero también en las instituciones de carácter subnacionales, y locales.

P. P.: ¿Cómo estás viendo el panorama, la situación de las mujeres salvadoreñas actualmente?

M. H.: Yo creo que, como las latinoamericanas, estamos también en grandes contradicciones. Yo veo ahora a las mujeres jóvenes con muchas ganas de hacer cosas. Creo que las mujeres salvadoreñas hemos cambiado. Que el malestar frente a la desigualdad se ha instalado en nuestros cuerpos, en nuestras conciencias también.

Que no nos gusta que nos traten de menos, que no nos gusta que nos excluyan. Pero que nos enfrentamos a realidades muy duras.

En este momento, por ejemplo, se están a punto de discutir dos propuestas de ley de modificación del Código Penal, en relación a la penalización del aborto. Hay una propuesta que plantea que las penas por abortos se eleven (ahora son de 2 a 8 años) de 30 a 50 años. Es una propuesta horrible, que no tiene sentido de la realidad y del daño que va a causar.

Pero hay otra propuesta que plantea la despenalización por cuatro causas: riesgo de salud y vida de la mujer ante un embarazo; malformación congénita incompatible con la vida extrauterina; violación sexual; y embarazo en niñas y adolescentes (que implica estupro también).

Entonces, son propuestas razonables.

Nosotras creemos que los diputados y diputadas ahora tienen la oportunidad de reparar un daño que hicieron, con penalizar de forma absoluta el aborto en nuestro país,



y se lo estamos planteando así: “Ustedes tienen la oportunidad de reparar una injusticia”. Esperamos que lo escuchen y lo comprendan, y puedan actuar en coherencia a sus propias vidas, porque lo que les ocurre a las salvadoreñas es que las que tienen más poder económico, frente a estas realidades, se van fuera del país o a clínicas privadas y pagan caro; pero la mayoría enfrenta situaciones muy difíciles.

Quiero comentarte que este 8M, recién pasado, fuimos todas las organizaciones y movimientos de mujeres, y sindicatos, y campesinas, todas. Y cada quien llevaba sus demandas específicas, sus plataformas. Pero lo que yo vi es que esta demanda, de despenalizar el aborto por causales, fue la demanda común de todas las organizaciones. Creo que, en eso, algo estamos cambiando.

P. P.: Bueno Morena, hemos construido leyes, convenciones, tratados a niveles nacionales e internacionales, y, sin embargo, seguimos sumando nombres a las listas de los femicidios. ¿Cuál es tu

análisis de esa situación?

M. H.: Yo creo que estos asesinatos son efectivamente por el hecho de ser mujeres. En mi país hay una alta tasa de homicidios, sobre todo masculinos. Pero cuando analizamos la tendencia de homicidios masculinos y homicidios de mujeres, nos encontramos con unos contrastes interesantes. A los hombres los matan por sus asociaciones, por sus vínculos con pandillas o maras, por lo que hacen, por algunas acciones delictivas. En este momento, yo creo que los hombres jóvenes son asesinados por donde transitan también, por el control territorial que las pandillas tienen en algunas zonas. Si un joven es de otra zona, que no controla esa pandilla, es posible que lo maten. En el caso de las mujeres, los femicidios tienen que ver con lo que somos. Se trata de un permiso social que todavía tienen los hombres de “este cuerpo me pertenece, esta vida me pertenece”. Creo que las mujeres no llegamos a “ser” solas, llegamos a “ser” porque “nos hace”

la sociedad. En ese sentido, modificar esto requiere cambiar la manera de “llegar a ser” mujeres, y la manera de “llegar a ser” hombres. De no ser “de”. De aprender, de dejar de ser “de”. De quitarles el permiso de maltratar, de golpear, de insultar. Creo que, como ya se ha dicho, los femicidios son la expresión más extrema de la violencia, pero esta expresión más extrema no va a llegar a tiempo si antes no paramos el: “inútil”, el “no servís para nada”, el “no sos nada”.

A mí me parece que además de las leyes que hemos logrado que se vayan aprobando, necesitamos cambiar la sociedad, necesitamos construir cambios culturales y sociales que nos permitan llegar a ser hombres y mujeres distintos.

P. P.: Hay también una idea, que vos desarrollás en tus escritos, que tiene que ver con los aportes feministas para profundizar la democracia. ¿Qué nos podés contar de eso?

M. H.: Es que la democracia, es una categoría plástica que se va adaptando en construcción (como dice Gina Vargas). Yo creo que en lo formal se puede entender con unos contenidos y con unos ámbitos. Me parece que, desde el feminismo, vamos comprendiendo que ese concepto de democracia debe ir abarcando otros ámbitos de la vida, otros ámbitos que son importantes para la gente. Como no se han considerado políticos -aunque tengan que ver con política, y con relaciones de poder- no se consideran parte del campo democrático. Yo creo que las feministas vamos ampliando, vamos abriendo esa categoría y vamos incluyendo otros ámbitos de la vida que son importantes para la gente. Por ejemplo, el decidir cuántos hijos

o hijas quiero tener. Es un aspecto muy importante de la vida de la gente, que va a marcar a las nuevas generaciones. Y eso no se considera importante para la democracia. Por decir otra cosa: ¿cuántas horas dedico yo al cuidado de una niña o un niño, hijo mío o nieta mía? O, ¿cuánto dedican su madre y su padre? Eso no es campo de la democracia. Yo creo que, desde el feminismo, al plantear categorías como la co-responsabilidad en el cuidado, se está abriendo ese terreno.

Entonces, se incluyen nuevas dimensiones de la vida, se incluyen nuevas categorías, y también se profundizan las que ya han estado definidas como democráticas, o como el ámbito de lo político. Por ejemplo, mostrando cómo las mujeres que llegan a espacios públicos de decisión, viven situaciones de hostilidad. En algunas sociedades se les ha puesto el nombre de “violencia política”, pero no tiene que ver con un acto. Como me lo explicaba un alcalde en una investigación que hicimos: “Es cierto” me decía, “no se trata de un acto, de un hecho, de una agresión concreta, sino de un ambiente con el que son recibidas las mujeres en esos espacios”.

Las pioneras, por decirlo de alguna manera, tienen que enfrentar ese ambiente de hostilidad con el que se les recibe en los ámbitos políticos.

Yo creo que el feminismo está poniendo luz también sobre esas realidades que ya eran consideradas espacios políticos y espacios democráticos.

P. P.: Morena, nos quedaríamos charlando mucho más, de un montón de temas. Pero vamos a dar por terminada, por ahora, esta charla. Y nos seguimos encontrando.



unc
género



*mujeres que
mueven el mundo*